



LECTIO DIVINA

IV semana de cuaresma
Del 10 al 16 de marzo de 2024



**«Acércate a la Luz para
que se vean tus buenas obras»**

Oración introductoria

Jesús, quiero comprender el amor que tienes por mí, quiero dejarme amar por ti; llena mi alma con tu amor para que yo sea capaz de renunciar a todo lo que me aleja de ti

Petición

Jesús, ayúdame a acercarme a tu luz, para que ilumine todo mi ser y pueda irradiarla a los demás.

Lectura del segundo libro de las Crónicas (2Cron.36,14-16.19-23)

En aquellos días, todos los jefes, los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades, imitando las aberraciones de los pueblos y profanando el templo del Señor, que él había consagrado en Jerusalén. El Señor, Dios de sus padres, les enviaba mensajeros a diario porque sentía lástima de su pueblo y de su morada; pero ellos escarnecían a los mensajeros de Dios, se reían de sus palabras y se burlaban de sus profetas, hasta que la ira del Señor se encendió irremediablemente contra su pueblo. Incendiaron el templo de Dios, derribaron la muralla de Jerusalén, incendiaron todos sus palacios y destrozaron todos los objetos valiosos. Deportó a Babilonia a todos los que habían escapado de la espada. Fueron esclavos suyos y de sus hijos hasta el advenimiento del reino persa. Así se cumplió lo que había dicho Dios por medio de Jeremías: «Hasta que la tierra pague los sábados, descansará todos los días de la desolación, hasta cumplirse setenta años». En el año primero de Ciro, rey de Persia, para cumplir lo que había dicho Dios por medio de Jeremías, el Señor movió a Ciro, rey de Persia, a promulgar de palabra y por escrito en

todo su reino: «Así dice Ciro, rey de Persia: El Señor, Dios del cielo, me ha entregado todos los reinos de la tierra. Él me ha encargado construirle un templo en Jerusalén de Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a ese pueblo, puede volver. ¡Que el Señor, su Dios, esté con él!».

Salmo (Sal. 136, 1-2. 3. 4. 5. 6)

Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti.

Junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión; en los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras. R.

Allí los que nos deportaron nos invitaban a cantar; nuestros opresores, a divertirlos: «Cantadnos un cantar de Sión». R.

¡Cómo cantar un cántico del Señor en tierra extranjera! Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha. R.

Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén en la cumbre de mis alegrías. R.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios (Ef. 2, 4-10)

Hermanos: Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo -estáis salvados por pura gracia-, nos ha resucitado con Cristo Jesús, nos ha sentado en el cielo con él, para revelar en los tiempos venideros la inmensa riqueza de su gracia, mediante su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. En efecto, por su gracia estáis salvados, mediante la fe. Y esto no viene de vosotros; es don de Dios. Tampoco viene de las obras, para que nadie pueda presumir. Somos, pues, obra suya. Dios nos ha creado en Cristo Jesús para que

nos dediquemos a las buenas obras, que de antemano dispuso él que practicásemos.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 3, 14-21)

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: «Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo que entregó a su Unigénito para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios. Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal detesta la luz y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios».

Releemos el evangelio

Santa Catalina de Siena (1347-1380)

terciaria dominica, doctora de la Iglesia, copatrona de Europa

El Diálogo. El don del Verbo encarnado VI, 22 (Le dialogue, Téqui, 1976), trad. sc@evangelizo.org

“Dios envió a su Hijo para que el mundo se salve por él” (Jn 3,17)

[Santa Catalina escuchó a Dios decirle:] Abre, hija mía, los ojos de tu inteligencia. Descubrirás a los ciegos y a los ignorantes, verás también a los imperfectos y a los perfectos, los que realmente me siguen. Experimentarás así el dolor por la perdición de los ignorantes y la alegría por la perfección de mis hijos amados. Descubrirás también

cómo se comportan los que caminan en mi luz y cómo los que van en las tinieblas.

Pero antes quiero que mires el Puente que les he construido en mi Hijo único, que contemples su grandeza, que va del cielo a la tierra. La grandeza de la Divinidad está unida a la tierra de la humanidad de ustedes. Por eso te digo que va del cielo a la tierra, por la unión que hizo con el hombre. Eso fue necesario para reconstruir la vía que había sido rota y permitir atravesar la amargura del mundo, para llegar a la vida. Partiendo de la tierra no se podía realizar un puente de una talla suficiente como para pasar el río e incorporarse a la vida eterna. La tierra de la naturaleza humana era incapaz por sí misma, habiendo satisfecho al pecado, de destruir la mancha del pecado de Adán, que corrompió e infectó toda la raza humana. Era entonces necesario unirla a la grandeza de mi naturaleza - Deidad eterna- para que pudiera satisfacer a toda la raza humana. Era necesario que la naturaleza humana experimentara la pena y que la naturaleza divina, unida con la naturaleza humana, aceptase el sacrificio que mi Hijo me ofrecía, para destruir la muerte y rendirles la vida.

Así, la Grandeza se abajó hasta la tierra de la humanidad. Uniéndose a ella, edificó un puente y restableció la ruta. ¿Por qué de este modo? Para que realmente el hombre viniera a alegrarse con la naturaleza angélica. Pero para obtener la vida, no alcanza que mi Hijo haya devenido el puente: es necesario que ustedes pasen por ese puente.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La Madre Iglesia es fecunda cuando imita el amor misericordioso de Dios, que se propone y nunca se impone. Es humilde, actúa como la lluvia en la tierra, como el aire que se respira, como una pequeña semilla que lleva fruto en el silencio. Quien anuncia el amor no puede

dejar de hacerlo con el mismo estilo de amor. Y la tercera palabra que hemos escuchado es mundo. “Tanto amó Dios al mundo” que envió a Jesús. Quien ama no está lejos, sino que va al encuentro». (Discurso de S.S. Francisco, 18 de marzo de 2016).

Meditación

Quisiera gritarlo y compartirlo en el Facebook y Twitter más visitados del mundo. Él está vivo, está presente en cada uno de nuestros corazones, «para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna». Tendría que gritarlo y compartirlo con todo el mundo si de verdad lo creyera. Cómo poder callar este amor que me consume por dentro. Cuando se está enamorado, todas las frases de amor, todos los aromas y todo lo que te produce felicidad te recuerdan y te dan ocasión de traer al pensamiento a la persona amada.

Pues es lo mismo con Jesús, debemos vivir en su amor todos nuestros días. Debemos enamorarnos de Él para, a través de Él, amar a los demás. Sólo así se puede amar verdaderamente, obra el bien conforme a la verdad, sin intereses, sin conveniencias; un amor de donación total, que sólo busca el bien de la persona amada.

Jesús, permite que todos experimentemos de tal manera tu amor, que seamos capaces de robarle el corazón a las personas para llevártelos a Ti.

Oración final

Cuando el santo temor me abandona, Señor, siento en mi corazón el pecado que habla. Son los momentos de la ilusión, momentos en los que voy a buscar mis culpas y todo esto inútilmente, porque no he comprendido, que, sólo cumpliendo el bien, las falaces

e inicuas palabras del mal se extinguen. Es una atracción la obstinación en el mal, como si me diese más brillo, honor, más valor.

Cuando caigo en la cuenta de que es inmenso lo que Tú me das para vivir, entonces percibo los abismos de tu fidelidad y veo como tu salvación no conoce confín; todo lo inunda y porta consigo; a mí criatura hecha a tu imagen y todo lo que para mí has creado y a quien yo he dado nombre. En verdad tu gracia es preciosa. En tu casa manda la abundancia de la protección y discurre como el agua la delicia. Si me pongo tus ojos entonces todo es luz, Señor, Y nada es ya difícil porque mi corazón, purificado de la tentación de ser Dios en tu lugar, me dice que lo seré conmigo.

Rivalidad, competición hostilidad... desaparecen de frente a tu propuesta de participar en tu vida divina. Dios contigo. Tu amor como linfa que camina por las entrañas de mi humanidad hasta que encuentre mis orígenes: en tu Nombre.

LUNES, 11 DE MARZO DE 2024

Oración de intercesión de sanación

Oración introductoria

Ven, Espíritu Santo, e ilumina mi entendimiento para poder crecer en una mayor comprensión del amor de Dios Padre hacia mí manifestado en Cristo su hijo

Petición

Jesucristo, dame una fe real y verdadera que transforme mis actitudes para hacer siempre el bien.

Lectura del libro de Isaías (Is. 65, 17-21)

Esto dice el Señor: «Mirad: mirad voy a crear un nuevo cielo y una nueva tierra: de las cosas pasadas ni habrá recuerdo ni vendrá pensamiento. Regocijaos, alegraos por siempre por lo que voy a crear: yo creo a Jerusalén “alegría”, y a su pueblo, “júbilo”. Me alegraré por Jerusalén y me regocijaré con mi pueblo, ya no se oirá en ella ni llanto ni gemido; ya no habrá allí niño que dure pocos días, ni adulto que no colme sus años, pues será joven quien muera a los cien años, y quien no los alcance se tendrá por maldito. Construirán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán los frutos».

Salmo (Sal 29, 2 y 4. 5-6. 11-12a y 13b)

Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.

Te ensalzaré, Señor, porque me has librado y no has dejado que mis enemigos se rían de mí. Señor, sacaste mi vida del abismo, me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa. R.

Tañed para el Señor, fieles suyos, celebrad el recuerdo de su nombre santo; su cólera dura un instante; su bondad, de por vida; al atardecer nos visita el llanto; por la mañana, el júbilo. R.

Escucha, Señor, y ten piedad de mí; Señor, socórreme. Cambiaste mi luto en danzas. Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 4, 43-54)

«Un profeta no es estimado en su propia patria». Dpto. Internet Arzobispado de Madrid En aquel tiempo, salió Jesús de Samaria para Galilea. Jesús mismo había hecho esta afirmación: Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron bien, porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos

habían ido a la fiesta. Fue Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaún. Oyendo que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a verlo, y le pedía que bajase a curar a su hijo que estaba muriéndose. Jesús le dijo: «Si no veis signos y prodigios, no creéis». El funcionario insiste: «Señor, baja antes de que se muera mi niño». Jesús le contesta: «Anda, tu hijo vive». El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Iba ya bajando, cuando sus criados vinieron a su encuentro diciéndole que su hijo vivía. Él les preguntó a qué hora había empezado la mejoría. Y le contestaron: «Ayer a la hora séptima lo dejó la fiebre». El padre cayó en la cuenta de que esa era la hora en que Jesús le había dicho: «Tu hijo vive». Y creyó él con toda su familia. Este segundo signo lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea.

Releemos el evangelio

San Gregorio de Narek (c. 944-c. 1010)

monje y poeta armenio

El libro de las oraciones 12,1

“Si no veis signos y prodigios sois incapaces de creer.”

«Todo el que invoca el nombre del Señor se salvará» (Jl 3,5; Rm 19,13). En cuanto a mi no sólo le invoco, sino que ante todo creo en su grandeza.

No es por lo que me da que persevero en mis súplicas, sino porque es la Vida verdadera y es en él que respiro; sin él no hay movimiento ni progreso.

No es tanto por los lazos de la esperanza que soy atraído sino por los lazos del amor. No es de los dones sino del Dador que siempre tengo nostalgia. No aspiro a la gloria, sino que quiero abrazarme al

Señor de la gloria. No es la sed de la vida la que siempre me consume, sino el recuerdo de aquel que da la vida.

No es por el deseo de felicidad que suspiro, que desde lo más profundo de mi corazón rompo en sollozos, sino por el deseo de aquel que lo prepara. No es el descanso lo que busco, sino el rostro de aquel que pacificará mi corazón suplicante. No es por el festín nupcial que languidezco, sino del deseo del Esposo.

En la espera cierta de su poder a pesar de la carga de mis pecados, creo con una esperanza inquebrantable y me pongo confiadamente en la mano del Todopoderoso, de quien no solamente obtendré el perdón, sino que le veré a él mismo en persona, gracias a su misericordia y a su compasión y, aunque merezco perfectamente ser proscrito, heredaré el cielo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«También a nosotros Jesús nos concede los dones necesarios para amar y curar como Él lo hizo, acogiendo a todos sin distinción de raza, lengua o nación. En medio de la pandemia que nos aflige, comprobamos cómo un pequeño virus continúa causando heridas profundas y desenmascarando nuestra fragilidad física, social y espiritual. También pone en evidencia la desigualdad que reina en el mundo, que ha hecho crecer en muchas personas la incertidumbre, la angustia y la falta de esperanza. En este contexto, con la mirada fija en Jesús, estamos llamados a construir la normalidad del Reino de Dios: donde el pan llega a todos y sobra, y la organización social se basa en contribuir, compartir y distribuir.» *(Audiencia de S.S. Francisco, 30 de septiembre de 2020).*

Meditación

Hoy nos encontramos con la fe de este padre quien intercede por su hijo para que Jesús lo sane. La fe de este funcionario es una fe profunda en Jesús, él está convencido de su poder sanador. Sin duda alguna este hombre nos da una gran lección de amor y confianza en Jesús para pedirle el favor. La oración de intercesión de sanación por otra persona es un acto de amor sincero hacia al prójimo y un acto de confianza y abandono en las manos de Dios.

Pidámosle a Jesús que nos conceda valorar el poder de la oración de intercesión y que, a la vez, tengamos la certeza que Él nos concederá lo que verdaderamente necesitamos.

Jesús no sana para demostrar que es Dios, sino porque es Dios. Todas las obras de Jesús son encaminadas hacia un conocimiento más profundo y cercano de Dios Padre: un Padre que nos ama, fuente de todo amor y sabiduría, quien da vida y es el primero en desearnos nuestro bien y felicidad.

Puede que Dios algún día nos sane de alguna enfermedad física y esto es ciertamente un hecho para alabarlo, pero es importante también recordar que lo que nos tiene que preocupar más es el mal que causa el pecado en nosotros, el cual distorsiona nuestra identidad de ser hijos en el Hijo, herederos de su Reino, llamados a vivir en plenitud y comunión con Él, por siempre, y nos priva de la plenitud que sólo en Él se encuentra. De este mal Dios siempre nos libraré, siempre y cuando nos arrepintamos y lo busquemos con sincero corazón.

Oración final

Cantad para Yahvé los que lo amáis,
recordad su santidad con alabanzas.

Un instante dura su ira, su favor toda una vida;
por la tarde visita de lágrimas, por la mañana gritos de júbilo. (Sal 30)

MARTES, 12 DE MARZO DE 2024

«¿Quieres quedar sano?»

Oración introductoria

Señor, Tú qué sabes lo que hay en lo más profundo de mi corazón, te pido que vengas a mí, te necesito, sabes por lo que estoy pasando y en este momento de oración quiero poder sentir ese silencio y esa paz para poder escuchar tu voz.

Petición

Señor, dame la humildad de corazón para obedecer tu voz y seguir tus palabras en todo momento.

Lectura de la profecía de Ezequiel (Ez. 47, 1-9. 12)

En aquellos días, el ángel me hizo volver a la entrada del templo el Señor. De debajo del umbral del templo corría agua hacia el este - el templo miraba a levante -. El agua iba bajando por el lado derecho del templo, al mediodía del altar. Me hizo salir por el pórtico septentrional y me llevó por fuera hasta el pórtico exterior que mira al este. El agua corría por el lado derecho. El hombre que llevaba el cordel en la mano salió hacia el este, midió quinientos metros y me hizo atravesar el agua, que me llegaba hasta los tobillos. Midió otros

quinientos metros y me hizo atravesar el agua, que me llegaba hasta las rodillas. Midió todavía otros quinientos metros y me hizo atravesar el agua que me llegaba hasta la cintura. Midió otros quinientos metros: era ya un torrente que no se podía vadear, sino cruzar a nado. Entonces me dijo: «¿Has visto, hijo de hombre?». Después me condujo por la ribera del torrente. Al volver vi en ambas riberas del torrente una gran arboleda. Me dijo: «Estas aguas fluyen hacia la zona oriental, descienden hacia la estepa y desembocan en el mar de la Sal. Cuando hayan entrado en él, sus aguas serán saneadas. Todo ser viviente se agita, allí donde desemboque la corriente, tendrá vida; y habrá peces en abundancia. Porque apenas estas aguas hayan llegado hasta allí, habrán saneado el mar, y habrá vida allí donde llegue el torrente. En ambas riberas del torrente crecerá toda clase de árboles frutales; no se marchitarán sus hojas ni se acabarán sus frutos; darán nuevos frutos cada mes, porque las aguas del torrente fluyen del santuario; su fruto será comestible y sus hojas medicinales».

Salmo (Sal 45, 2-3. 5-6. 8-9)

El Señor del universo está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob.

Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza, poderoso defensor en el peligro. Por eso no tememos, aunque tiemble la tierra, y los montes se desplomen en el mar. R.

Un río y sus canales alegran la ciudad de Dios, el Altísimo consagra su morada. Teniendo a Dios en medio, no vacila; Dios la socorre al despuntar la aurora. R.

El Señor del universo está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob. Venid a ver las obras del Señor, las maravillas que hace en la tierra. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 5, 1-3. 5-16)

Se celebraba una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la Puerta de las Ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Esta tiene cinco soportales, y allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, paralíticos. Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice: «¿Quieres quedar sano?». El enfermo le contestó: «Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado». Jesús le dice: «Levántate, toma tu camilla y echa a andar». Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar. Aquel día era sábado, y los judíos dijeron al hombre que había quedado sano: «Hoy es sábado, y no se puede llevar la camilla». Él les contestó: «El que me ha curado es quien me ha dicho: Toma tu camilla y echa a andar». Ellos le preguntaron: «¿Quién es el que te ha dicho que tomes la camilla y eches a andar?». Pero el que había quedado sano no sabía quién era, porque Jesús, a causa del gentío que había en aquel sitio, se había alejado. Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice: «Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor». Se marchó aquel hombre y dijo a los judíos que era Jesús quien lo había sanado. Por esto los judíos perseguían a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado.

Releemos el evangelio

San Máximo de Turín (i-c. 420)

obispo

Sermón para la Cuaresma

"¿Quieres curarte?": la cuaresma conduce
a los catecúmenos a la piscina del bautismo

El número cuarenta, carísimos hermanos, tiene un valor simbólico, ligado al misterio de nuestra salvación. En efecto, cuando

en los primeros tiempos, la maldad de los hombres hubo invadido la superficie de la tierra, durante cuarenta días Dios hizo salirse las aguas del cielo e inundó la tierra entera bajo las lluvias del diluvio (Gn 7). Desde esta época, la historia de la salvación fue anunciada simbólicamente: durante cuarenta días, la lluvia cayó para purificar el mundo. Ahora, durante los cuarenta días de la cuaresma, es ofrecida la misericordia a los hombres para que se purifiquen...

Sí, el diluvio es el símbolo del bautismo; lo que se produjo entonces todavía se cumple hoy... Cuando los pecados de toda la tierra desaparecieron, ahogados en el fondo del abismo, la santidad pudo elevarse muy cerca del cielo; he aquí lo que se realiza ahora también en la Iglesia del Cristo... Llevada por el agua del bautismo, se eleva cerca del cielo; las supersticiones y los ídolos son engullidos, y sobre tierra se difunde la fe, brotada del arca del Salvador... Por cierto, nosotros mismos somos pecadores, y este mundo será destruido. Sólo escaparán de la ruina, aquellos a los que el arca llevará encerrados en su seno. Esta arca, es la Iglesia... Sí, os lo anunciamos, este mundo naufragará; por eso os exhortamos, a vosotros, a todos los hombres, a refugiarse en este santuario.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Y también a nosotros Jesús hoy nos dice: “Levántate, toma tu vida como es, bonita, fea, como sea, tómala y ve adelante. No tengas miedo, ve adelante con tu camilla - ‘Pero, Señor, no es el último modelo...’ - ¡Pero ve adelante! ¡Con esa camilla fea, quizá, pero ve adelante! Es tu vida, es tu alegría”». (*S.S. Francisco, Homilía del 28 de marzo de 2017*).

Meditación

Cristo de nuevo viene al encuentro, a tu encuentro, a mi encuentro. Esta es la lógica y la dinámica de un Dios que está lleno de amor por sus creaturas, un Dios que nos ama tanto que sale a nuestro encuentro y nos dice, te dice: sé por lo que estás pasando; “¿quieres quedar sano?”, sé que volviste a caer; “¿quieres quedar sano?”, sé que llevas tantos años así; pero hoy: “¿quieres quedar sano?”.

Hay algo maravilloso en este pasaje y este hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo, primero recibe la sanación de su cuerpo, algo que le pesaba tanto, y casi que el Evangelio nos sugiere que este hombre sin ninguna complicación se levantó, echó a andar con su camilla y es hermoso esto, pues muestra que por más complicaciones, problemas y pecados que hayamos cometido, Jesús nos da una fuerza tan grande que empiezas a caminar ligero. Por eso hoy Jesús nos quiere dar esa fuerza, fuerza que solo Él nos puede dar para seguir caminando en la vida, pero siguiendo su voluntad, siguiendo lo que Él nos dice.

Después de recibir esta fuerza, por último, Cristo sale de nuevo a su encuentro y le da la sanación más grande que hay, y es la sanación de su alma, le perdona sus pecados y podemos llegar a pensar que este hombre ahora sí está completo para poder seguir adelante en la vida, completo para asumir los retos que le esperan, completo para decir que es hijo de Dios y que ha sentido la misericordia del Padre, completo incluso para anunciar todo lo que Él ha hecho por nosotros y que valió la pena esperar tanto tiempo, para tener ese encuentro de sanación y salvación con aquel que nos amó primero.

Oración final

Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza,
poderoso defensor en el peligro.

Por eso no tememos, aunque tiemble la tierra,
y los montes se desplomen en el mar. (Sal 45)

MIÉRCOLES, 13 DE MARZO DE 2024

Realmente eres mi Padre

Oración introductoria

Muévete en mí, Dios Espíritu, para ver como Tú ves; sé que te haces presente en mi vida a través de tu gracia y te pido que me ayudes a escuchar tu mensaje para amarte sin condición. Ayúdame para que todo lo que haga sea para amarte más.

Petición

Jesús, ayúdame a valorar el don de mi bautismo y a vivir de acuerdo con mi vocación cristiana

Lectura del libro de Isaías (Is. 49, 8-15)

Esto dice el Señor: «En tiempo de gracia te he respondido, en día propicio te he auxiliado; te he defendido y constituido alianza del pueblo, para restaurar el país, para repartir heredades desoladas, para decir a los cautivos: “Salid”, a los que están en tinieblas: “Venid a la luz.” Aun por los caminos pastarán, tendrán praderas en todas las dunas; no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el bochorno ni el sol; porque los conduce el compasivo y los guía a manantiales de agua. Convertiré mis montes en caminos, y mis senderos se nivelarán. Miradlos venir de lejos; miradlos, del Norte y del Poniente, y los otros del país de Sin. Exulta, cielo; alégrate, tierra; romped a cantar, montañas, porque el Señor consuela a su pueblo y se compadece de los desamparados». Sión decía: «Me ha abandonado el Señor, mi

dueño me ha olvidado». ¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidará, yo no te olvidaré.

Salmo (Sal 144, 8-9. 13cd-14. 17-18)

El Señor es clemente y misericordioso.

El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad; el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas. R.

El Señor es fiel a sus palabras, bondadoso en todas sus acciones. El Señor sostiene a los que van a caer, endereza a los que ya se doblan. R.

El Señor es justo en todos sus caminos, es bondadoso en todas sus acciones. Cerca está el Señor de los que lo invocan, de los que lo invocan sinceramente. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 5, 17-30)

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: «Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo». Dpto. Internet Arzobispado de Madrid Por eso los judíos tenían más ganas de matarlo: porque no sólo quebrantaba el sábado, sino también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios. Jesús tomó la palabra y les dijo: «En verdad, en verdad os digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta sino lo que viere hacer al Padre. Lo que hace este, eso mismo hace también el Hijo, pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él hace, y le mostrará obras mayores que esta, para vuestro asombro. Lo mismo que el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere. Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha confiado al

Hijo todo el juicio. para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió. En verdad, en verdad os digo: quien escucha mi palabra y cree al que me envió posee la vida eterna y no incurre en juicio, sino que ha pasado ya de la muerte a la vida. En verdad, en verdad os digo: llega la hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan oído vivirán. Porque, igual que el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado también al Hijo tener vida en sí mismo. Y le ha dado potestad de juzgar, porque es el Hijo del hombre. No os sorprenda, porque viene la hora en que los que están en el sepulcro oirán su voz: los que hayan hecho el bien saldrán a una resurrección de vida; los que hayan hecho el mal, a una resurrección de juicio. Yo no puedo hacer nada por mí mismo; según le oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió».

Releemos el evangelio

San Cirilo de Jerusalén (313-350)

obispo de Jerusalén, doctor de la Iglesia

Catequesis bautismal 4 (Les catéchèses, coll. Les Pères dans la foi 53-54, Migne 1993), trad. sc@evangelizo.org

“Lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo” (Jn 5,19)

Que su alma reciba el dogma fundamental que concierne a Dios: hay un solo Dios, uno sólo, sin nacimiento, sin comienzo, sin cambios ni mutaciones. No fue engendrado por otro, no hay otro ser para tomar la sucesión de su vida. No empezó a vivir en el tiempo, no existe fecha en la que tenga fin. Es a la vez bueno y justo. (...) Único es el autor del cielo y de la tierra, el creador de los ángeles y los arcángeles. Es el autor de una multitud de criaturas, el Padre de uno sólo antes de los siglos, uno sólo que es el Hijo Único, nuestro Señor Jesucristo, con el que ha hecho todas las cosas, las visibles y las invisibles.

Este Padre de nuestro Señor Jesucristo no está circunscrito en un lugar cualquiera, más pequeño que el cielo. Los cielos son la obra de sus manos, su mano abarca toda la tierra. Está en todas las cosas y más allá de todas las cosas. No te imagines que el sol sea más brillante o igual que él, ya que el que ha creado al sol es, sin comparación, mucho más grande y brillante que él. Sabe por anticipado lo que debe existir, es más fuerte que todos los seres, los conoce a todos, realiza lo que desea. No está sumido a las vicisitudes de las cosas, ni al nacimiento, tampoco a la fortuna o a lo ineluctable. Es perfecto desde todo punto de vista y posee todo tipo de virtud. No sufre disminución ni crecimiento, está siempre en el mismo estado, es absolutamente idéntico a sí mismo. Preparó una sanción a los pecadores y a los justos una corona.

Muchas personas, de diversas maneras, se perdieron lejos de este Dios único. (...) Establece primero sólidamente en tu alma este dogma de la piedad por medio de la fe.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Si el virus tuviera nuevamente que intensificarse en un mundo injusto para los pobres y los más vulnerables, tenemos que cambiar este mundo. Con el ejemplo de Jesús, el médico del amor divino integral, es decir de la sanación física, social y espiritual -como era la sanación que hacía Jesús-, tenemos que actuar ahora, para sanar las epidemias provocadas por pequeños virus invisibles, y para sanar esas provocadas por las grandes y visibles injusticias sociales. Propongo que esto se haga a partir del amor de Dios, poniendo las periferias en el centro y a los últimos en primer lugar. No olvidar ese parámetro sobre el cual seremos juzgados, Mateo, capítulo 25. Pongámoslo en práctica en este repunte de la epidemia. Y a partir de este amor concreto, anclado en la esperanza y fundado en la fe, un mundo más sano será posible. De lo contrario, saldremos peor de esta crisis. Que el Señor

nos ayude, nos dé la fuerza para salir mejores, respondiendo a la necesidad del mundo de hoy.» (Audiencia de S.S. Francisco, 19 de agosto de 2020).

Meditación

Conocer a Dios hace una gran diferencia porque no es cualquier cosa la que conocemos, sino alguien. Muchas veces se nos dice en nuestros estudios del seminario que Dios es un objeto de estudio especial y aún más que eso, es una persona. Esta es una de las verdades más originales de la fe cristiana porque los filósofos de antigüedad presentaban a Dios solo como algo absoluto que va más allá de lo que podemos concebir y lo presentaban como algo impersonal.

El cristianismo, con el dogma de la Encarnación de Jesús, muestra a Dios con una luz totalmente nueva, la de persona. El hecho que más me llama la atención es que para ser persona se necesita un cuerpo y, ¿no escuchamos «el cuerpo de Cristo» cada vez que vamos a misa? Dios mismo tiene un cuerpo y es una persona.

Algo que se añade a esta gran realidad que parte la historia humana en dos, antes y después, es la realidad de que podemos llamar a Dios Padre. Nunca debemos olvidar esto porque si lo hacemos caemos en la perdición, nos volvemos autosuficientes como si nosotros mismos nos hubiéramos dado la vida. Nada de esto, Dios Padre nos sale al encuentro a través de su hijo amado, en Él descubrimos quién es Dios verdaderamente y lo experimentamos en primera persona.

Dios nos extiende la invitación a redescubrir estas realidades, que a veces se empolvan, y a reconocer que nunca perdemos este estado, ni siquiera cuando negamos que somos hijos de Padre eterno. Él siempre estará con los brazos abiertos para recibir a sus pequeños.

Oración final

El Señor es clemente y misericordioso,
lento a la cólera y rico en piedad;
el Señor es bueno con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas. (Sal 144)

JUEVES, 14 DE MARZO DE 2024
El «sí» a Jesús.

Oración introductoria

¡Señor Jesús! Me pongo en tu presencia en este día. Creo que estás verdaderamente presente aquí y especialmente en la Eucaristía. Permíteme entrar en tu corazón. Permíteme descubrir el amor que tienes por mí.

Petición

Jesús, ayúdame a conocerte, para crecer en mi fe y que seas Tú lo más importante en mi vida.

Lectura del libro del Éxodo (Ex. 32, 7-14)

En aquellos días, el Señor dijo a Moisés: «Anda, baja de la montaña, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un becerro de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: “Éste es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto”». Y el Señor añadió a Moisés: «Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Por eso, déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo». Entonces Moisés suplicó al

Señor, su Dios: «¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto, con gran poder y mano robusta? ¿Por qué han de decir los egipcios: “Con mala intención los sacó, para hacerlos morir en las montañas y exterminarlos de la superficie de la tierra”? Aleja el incendio de tu ira, arrepíentete de la amenaza contra tu pueblo. Acuérdate de tus siervos, Abrahán, Isaac e Israel, a quienes juraste por ti mismo: “Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado se la daré a vuestra descendencia para que la posea por siempre». Entonces se arrepintió el Señor de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo.

Salmo (Sal 105, 19-20. 21-22. 23)

Acuérdate de mí, Señor, por amor a tu pueblo.

En Horeb se hicieron un becerro, adoraron un ídolo de fundición; cambiaron su gloria por la imagen de un toro que come hierba. R.

Se olvidaron de Dios, su salvador, que había hecho prodigios en Egipto, maravillas en la tierra de Cam, portentos junto al mar Rojo. R.

Dios hablaba ya de aniquilarlos; pero Moisés, su elegido, se puso en la brecha frente a él, para apartar su cólera del exterminio. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 5, 31-47)

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: «Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Hay otro que da testimonio de mí, y sé que es verdadero el testimonio que da de mí. Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él ha dado testimonio en favor de la verdad. No es que yo dependa del testimonio de un hombre; si digo

esto es para que vosotros os salvéis. Juan era la lámpara que ardía y brillaba, y vosotros quisisteis gozar un instante de su luz. Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido llevar a cabo, esas obras que hago dan testimonio de mí: que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí. Nunca habéis escuchado su voz, ni visto su rostro, y su palabra no habita en vosotros, porque al que él envió no le creéis. Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues ellas están dando testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida! No recibo gloria de los hombres; además, os conozco y sé que el amor de Dios no está en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; si otro viene en nombre propio, a ese sí lo recibiréis. ¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios? No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre, hay uno que os acusa: Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero, si no creéis en sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras?».

Releemos el evangelio

San Gregorio Magno (c. 540-604)

papa y doctor de la Iglesia

Morales sobre Job, XIII (SC 212, Morales sur Job, Cerf, 1974), trad. sc@evangelizo.org

“El Padre que me envió ha dado testimonio de mí” (Jn 5,37)

Que su alma reciba el dogma fundamental que concierne a Dios: hay un solo Dios, uno sólo, sin nacimiento, sin comienzo, sin cambios ni mutaciones. No fue engendrado por otro, no hay otro ser para tomar la sucesión de su vida. No empezó a vivir en el tiempo, no existe fecha en la que tenga fin. Es a la vez bueno y justo. (...) Único es el autor del cielo y de la tierra, el creador de los ángeles y los

arcángeles. Es el autor de una multitud de criaturas, el Padre de uno sólo antes de los siglos, uno sólo que es el Hijo Único, nuestro Señor Jesucristo, con el que ha hecho todas las cosas, las visibles y las invisibles.

Este Padre de nuestro Señor Jesucristo no está circunscrito en un lugar cualquiera, más pequeño que el cielo. Los cielos son la obra de sus manos, su mano abarca toda la tierra. Está en todas las cosas y más allá de todas las cosas. No te imagines que el sol sea más brillante o igual que él, ya que el que ha creado al sol es, sin comparación, mucho más grande y brillante que él. Sabe por anticipado lo que debe existir, es más fuerte que todos los seres, los conoce a todos, realiza lo que desea. No está sumido a las vicisitudes de las cosas, ni al nacimiento, tampoco a la fortuna o a lo ineluctable. Es perfecto desde todo punto de vista y posee todo tipo de virtud. No sufre disminución ni crecimiento, está siempre en el mismo estado, es absolutamente idéntico a sí mismo. Preparó una sanción a los pecadores y a los justos una corona.

Muchas personas, de diversas maneras, se perdieron lejos de este Dios único. (...) Establece primero sólidamente en tu alma este dogma de la piedad por medio de la fe.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Testimonio de Jesús. A este testimonio nos conduce el Espíritu Santo. Hoy el mundo sufre, está herido; vivimos en un mundo muy herido, que sufre, especialmente en los más pobres, que son descartados, cuando todas nuestras seguridades humanas han desaparecido, el mundo necesita que le demos a Jesús. Necesita nuestro testimonio del Evangelio, el Evangelio de Jesús. Ese testimonio solamente lo podemos dar con la fuerza del Espíritu Santo. Necesitamos que el Espíritu nos dé ojos nuevos, abra nuestra mente y

nuestro corazón para enfrentar este momento y el futuro con la lección aprendida: somos una sola humanidad. No nos salvamos solos. Nadie se salva solo.» (*Video mensaje de S.S. Francisco, 30 de mayo de 2020*).

Meditación

En una ocasión, en unas misiones urbanas, me encontré con una señora. Ella venía saliendo de trabajar de uno de los edificios cercanos. En una primera impresión, me pareció muy inteligente y de carácter fuerte. Y como todos los demás, tenía mucha prisa. Yo me encontraba en una esquina. Estaba a dos cuadras de una iglesia católica. Invitaba a muchos, pero pocos respondían. Sólo quería que hicieran una visita a Jesús en la Iglesia para encontrarse con Él y consolar su divino corazón. De repente, nos cruzamos. Sí, una señora holandesa, y yo, un simple seminarista de 25 años. La invité a visitar a Jesús. Me miró a los ojos y me dijo que cuando era niña, era católica. Había ido al catecismo en Holanda, pero luego, con el pasar de los años, se alejó de la Iglesia. Ella me miraba y unas lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas. Ella estaba en shock. Recordaba su pasado y su presente. Casi acepta la invitación. Al final, decidió no hacer la visita a la Iglesia.

Todavía rezo por aquella mujer, no recuerdo su nombre, pero recuerdo su rostro. De niña había recibido la semilla de la fe y en sus ojos podía ver que sólo le faltaba un pequeño SÍ, como el de María, para abrirse al amor de Dios. Casi lo daba, pero probablemente no era aún el momento. En el Evangelio de hoy, Jesús nos habla de la fe. Y la fe es el primer «sí» a Dios. Jesús nos da testimonio del Padre, pero solamente nos pide una cosa: un pequeño-gran salto de fe. Un salto de fe que nos llevará a escuchar su voz, a ver su rostro y a acoger su palabra. Un salto de fe que se traduce en un «sí» a Jesús. Y un sí a Jesús es un «sí» al Padre.

En este momento de oración, pregúntale a Jesús: ¿A dónde me invitas el día de hoy? ¿Cuál es ese «sí» que quieres que te dé?

Oración final

El Señor es fiel a sus palabras,
bondadoso en todas sus acciones.
El Señor sostiene a los que van a caer,
endereza a los que ya se doblan. (Sal 144)

VIERNES, 15 DE MARZO DE 2024
«¿Sabemos de dónde viene?»

Oración introductoria

En tus manos me pongo Señor, quiero escucharte este día para saber qué quieres de mí. Ayúdame, te lo ruego, a conocerte para poder amarte mejor.

Petición

Que la abstinencia de este viernes sea una auténtica renuncia que pueda ofrecerte por amor a ti, Señor.

Lectura del libro de la Sabiduría (Sab. 2, 1a. 12-22)

Se decían los impíos, razonando equivocadamente: «Acechemos al justo, que nos resulta fastidioso: se opone a nuestro modo de actuar, nos reprocha las faltas contra la ley y nos reprende contra la educación recibida; presume de conocer a Dios y se llama a sí mismo hijo de Dios. Es un reproche contra nuestros criterios, su sola presencia nos

resulta insoportable. Lleva una vida distinta de todos los demás y va por caminos diferentes. Nos considera moneda falsa y nos esquivo como a impuros. Proclama dichoso el destino de los justos, y presume de tener por padre a Dios. Veamos si es verdad lo que dice, comprobando cómo es su muerte. Si el justo es hijos de Dios, él lo auxiliará y lo libraré de las manos de sus enemigos. Lo someteremos a ultrajes y torturas, para conocer su temple y comprobar su resistencia. Lo condenaremos a muerte ignominiosa, pues según dice, Dios lo salvará». Así discurren, pero se equivocan, pues los ciega su maldad. Desconocen los misterios de Dios, no esperan el premio de la santidad, ni creen en la recompensa de una vida intachable.

Salmo (Sal 33, 17-18. 19-20, 21 y 23)

El Señor está cerca de los atribulados.

El Señor se enfrenta con los malhechores, para borrar de la tierra su memoria. Cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias. R.

El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos. Aunque el justo sufra muchos males, de todos lo libraré el Señor. R.

Él cuida de todos sus huesos, y ni uno solo se quebrará. El Señor redime a sus siervos, no será castigado quien se acoge a él. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn.7,1-2.10.25-30)

En aquel tiempo, recorría Jesús la Galilea, pues no quería andar por Judea porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba la fiesta judía de las tiendas. Después que sus hermanos se hubieron marchado a la fiesta, entonces subió él también, no abiertamente, sino a escondidas. Entonces algunos que eran de Jerusalén dijeron: «¿No es éste el que

intentan matar? Pues mirad cómo habla abiertamente, y no le dicen nada. ¿Será que los jefes se han convencido de que éste es el Mesías? Pero este sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene». Entonces Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó: «A mí me conocéis, y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino que el Verdadero es el que me envía; a ese vosotros no lo conocéis; yo lo conozco, porque procedo de él y él me ha enviado». Entonces intentaban agarrarlo; pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora.

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Homilía sobre San Juan, nº 28

“Su hora no había llegado todavía”

“Se acercaba la fiesta judía de las Tiendas. Los hermanos de Jesús le dijeron: No te quedes aquí en Judea para que tus discípulos de allí vean también las obras que haces... Jesús les dijo: Mi tiempo no ha llegado todavía, mientras que vuestro tiempo es siempre bueno para vosotros.” (Jn 7,2-6)... Jesús responde de esta manera a los que le aconsejan que busque su gloria: “El tiempo de mi gloria no ha llegado todavía”. Fijaos en la profundidad de este pensamiento: ellos le empujan a buscar la gloria, pero él quiere que la humillación preceda a la elevación; es a través de la humildad que quiere trazarse un camino hacia la gloria. Los discípulos que querían estar sentados uno a su derecha y el otro a su izquierda (Mc 10,37) buscaban también ellos la gloria humana: no veían sino el término del camino sin pararse a pensar en qué camino era el que conduce a ella. El Señor, pues, otra vez les ha llamado al verdadero camino, a fin de que lleguen a la patria por el camino adecuado. La patria es elevada, pero el camino

es humilde. La patria es la vida de Cristo; el camino es la muerte. La patria es la morada de Cristo, el camino que conduce a ella es su Pasión...

Tengamos, pues, un corazón recto; el tiempo de nuestra gloria no ha llegado todavía. Escuchemos lo que dice a los que aman este mundo, como los hermanos del Señor: “Vuestro tiempo es siempre bueno para vosotros, el nuestro no ha llegado todavía” Atrevámonos también nosotros a decir lo mismo. Nosotros que somos el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, que somos sus miembros, que con gozo le reconocemos como a nuestro jefe, repitamos estas palabras, puesto que es por nosotros que él se dignó decirlas el primero. Cuando los que aman el mundo insultan nuestra fe, digámosles: “Vuestro tiempo es siempre bueno para vosotros, el nuestro no ha llegado todavía”. El apóstol Pablo nos dice, en efecto: “Estabais muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. ¿Cuándo vendrá nuestro tiempo? “Cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria” (Col 3,3).

“Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. Durante el invierno podemos muy bien decir: este árbol está muerto; por ejemplo, una higuera, un peral o cualquier otro árbol frutal; durante todo el invierno parece que no tiene vida. Pero el verano sirve para probar y permitir juzgar si realmente tiene o no vida. Nuestro tiempo de verano es la revelación de Cristo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«A Jesús es necesario conocerlo en el diálogo con Él. Hablando con Él, en la oración, de rodillas. Si tú no rezas, si tu no hablas con Jesús, no le conoces».». (S.S. Francisco, *Homilía del 26 de septiembre de 2013*).

Meditación

“Pero éste sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene”. Los judíos creen saber quién es Jesús, y por ello no le creen y muchas veces incluso intentan matarle; pero ¿en realidad saben quién es Jesús? ¿En realidad comprenden todo el misterio detrás de su vida? Hacen un juicio de lo que ven en el exterior: que es hijo de María y de José el carpintero, y por ello creen realmente saber quién es Jesús, pero para conocer a Jesús no basta esa información, hay que ir más allá, hay que compartir con Él, hay que escucharlo, hay que seguirlo, hay que estar con Él. En la actualidad sigue habiendo personas que no creen en Jesús, piensan saber que es un profeta más, piensan conocerlo, pero es necesario ir más a fondo para conocerlo. ¿Sabes quién es Jesús? Antes de responder, para que no te pase lo mismo que a varios judíos en ese tiempo, busca conocerlo, lee el Evangelio y escucha lo que te dice, ve a la Eucaristía y velo, ponte frente a un crucifijo y contempla su sufrimiento. No des respuestas instantáneas y no creas conocerlo, porque conocerlo es un don, pide ese don de conocerlo verdaderamente, y pídelo en la oración.

Oración final

El Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos.

Aunque el justo sufra muchos males,
de todos lo librará el Señor. (Sal 33)

Oración introductoria

Te pido, Señor, que me des la gracia de reconocer el tiempo de tu llegada a mi vida; no quiero tener miedo de reconocerte cómo eres y no quiero que me importen más las opiniones de los demás o las circunstancias. Dame la gracia de ser lo suficientemente valiente para aceptarte en mi vida.

Petición

Espíritu Santo santificador, abre mi mente para que pueda conocer tu verdad.

Lectura del libro de Jeremías (Jer. 11, 18-20)

El Señor me instruyó, y comprendí, me explicó todas sus intrigas. Yo, como manso cordero, era llevado al matadero; desconocía los planes que estaban urdiendo contra mí: «Talemos el árbol en su lozanía, arranquémoslo de la tierra de los vivos, que jamás se pronuncie su nombre». Señor del universo, que juzgas rectamente, que examinas las entrañas y el corazón, deja que yo no pueda ver cómo te vengas de ellos, pues a ti he confiado mi causa.

Salmo (Sal 7, 2-3. 9bc-10. 11-12)

Señor, Dios mío, a ti me acojo.

Señor, Dios mío, a ti me acojo, líbrame de mis perseguidores y sálvame, que no me atrapen como leones y me desgarran sin remedio.
R.

Júzgame, Señor, según mi justicia, según la inocencia que hay en mí. Cese la maldad de los culpables, y apoya tú al inocente, tú que sondeas el corazón y las entrañas, tú, el Dios justo. R.

Mi escudo es Dios, que salva a los rectos de corazón. Dios es un juez justo, Dios amenaza cada día. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 7, 40-53)

En aquel tiempo, algunos de entre la gente, que habían oído los discursos de Jesús, decían: «Este es de verdad el profeta». Otros decían: «Este es el Mesías». Pero otros decían: «¿Es que de Galilea va a venir el Mesías? ¿No dice la Escritura que el Mesías vendrá del linaje de David, y de Belén, el pueblo de David?». Y así surgió entre la gente una discordia por su causa. Algunos querían prenderlo, pero nadie le puso la mano encima. Los guardias del templo acudieron a los sumos sacerdotes y fariseos, y éstos les dijeron: «¿Por qué no lo habéis traído?». Los guardias respondieron: «Jamás ha hablado nadie como ese hombre». Los fariseos les replicaron: «¿También vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él? Esa gente que no entiende de la Ley son unos malditos». Nicodemo, el que había ido en otro tiempo a visitarlo y que era fariseo, les dijo: «¿Acaso nuestra ley permite juzgar a nadie sin escucharlo primero y averiguar lo que ha hecho?». Ellos le replicaron: «¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas». Y se volvieron cada uno a su casa.

Releemos el evangelio

San Gregorio Magno (c. 540-604)

papa y doctor de la Iglesia

Morales sobre Job, XI (SC 212, Morales sur Job, Cerf, 1974)

“Si aprisiona, nadie puede abrir” (Jb 12,14)

“Si él destruye, nadie reconstruye; si aprisiona, nadie puede abrir” (Jb 12,14). Dios todopoderoso se retira del corazón del hombre cuando él lo abandona, lo construye cuando él lo colma. No es con una alta lucha que Dios destruye el alma del hombre, sino retirándose. Se pierde sólo si es reenviada a sí misma. De ahí viene con frecuencia que en el momento que se sancionan sus faltas, la gracia de Dios todopoderoso no llena el corazón del que escucha. En vano el predicador trata de instruirlo desde afuera, ya que muda es la boca que habla si no grita desde el fondo del corazón, que inspira las palabras que resuenan. No hay que asombrarse que un corazón no entienda a un predicador ya que el Señor mismo, cuando habla, encuentra a veces la resistencia de una existencia perversa. (...)

Job agrega con razón “Si aprisiona, nadie puede abrir” (Jb 12,14). Si un hombre se conduce mal, la acusación de su corazón lo puede apesadumbrar, aunque no le venga ninguna acusación del exterior.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Y cada uno regresó a su casa»: después de la discusión y todo esto, cada uno volvió a sus convicciones. Hay una ruptura en el pueblo: el pueblo que sigue a Jesús lo escucha -no se da cuenta de cuánto tiempo pasa escuchándolo, porque la Palabra de Jesús entra en sus corazones- y el grupo de doctores de la Ley que a priori rechazan a Jesús porque no obra según la ley, según ellos. Son dos grupos de personas. El pueblo que ama a Jesús, lo sigue y el grupo de intelectuales de la Ley, los líderes de Israel, los líderes del pueblo. Se ve claramente cuando “los guardias volvieron donde los sumos sacerdotes y éstos les preguntaron: “¿Por qué no lo habéis traído?”, y respondieron los guardias: “Nunca un hombre ha hablado así”. Pero los fariseos les respondieron: “¿Vosotros también os habéis dejado engañar? ¿Acaso ha creído en él algún líder de los fariseos? Pero esa

gente que no conoce la Ley son unos malditos”. Este grupo de doctores de la Ley, la élite, siente desprecio por Jesús. Pero también, desprecian al pueblo, “esa gente”, que es ignorante, que no sabe nada. El santo pueblo fiel de Dios cree en Jesús, lo sigue, y este pequeño grupo de élite, los Doctores de la Ley, se separa del pueblo y no recibe a Jesús. ¿Pero cómo es posible, si estos eran ilustres, inteligentes, habían estudiado? Tenían un gran defecto: habían perdido la memoria de su pertenencia a un pueblo.» *(Homilía de S.S. Francisco, 28 de marzo de 2020).*

Meditación

A la pregunta sobre la identidad de Jesús podemos responder de diversas formas dependiendo mucho de nuestra experiencia con Él. Otro elemento que influye en la concepción que tenemos de Dios son nuestras experiencias pasadas; así es como las personas que se preguntaban quién era Jesús recurrían al conocimiento que tenían de Dios y cómo se les había transmitido el mensaje de este.

Por todo el alboroto que Jesús provocaba se convirtió en blanco de las autoridades religiosas de su tiempo, pero los guardias lo respetaron porque encontraron algo especial en Él, algo misterioso, además de que la gente encontraba en Él a alguien que tenía un don. En pocas palabras, estaba cerca de Dios y esta cercanía se palpaba. A fin de cuentas, lo que todo hombre busca, a veces sin percatarse, es la cercanía con Dios, la cual es, en específico, encontrar la paz interior, algo que en nuestra sociedad contemporánea está muy de moda. Y creo que la respuesta cristiana de frente a esta inquietud humana es la libre capacidad para obrar el bien ajeno, así se consigue la paz interna y en esto consiste.

El Evangelio de hoy concluye con la entrada de Nicodemo a la escena de las autoridades religiosas quienes, por el hecho de estar tan

apegados a las reglas, no podían ver lo que Jesús era de verdad. Nicodemo, quien dejó que el Espíritu Santo entrara en su vida reconocía el don que tenía este galileo llamado Jesús; más allá de la ley y su cumplimiento pudo ver a la persona y descubrir eso que trasciende todo código o ámbito.

Oración final

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito, limpia mi pecado. (Sal 50)